





CARLOS LABBÉ nació en Santiago de Chile en 1977. Se licenció en Letras con una tesina sobre Juan Carlos Onetti. Más tarde obtuvo un Magíster en Letras con una tesis sobre Roberto Bolaño. Ha publicado artículos y ensayos, dos poemas, la novela hipertextual *Pentagonal: incluidos tú y yo* (2001), las novelas *Libro de plumas* (2004), *Navidad y Matanza* (2007) y *Locuela* (2009), y los discos de música *Doce canciones para Eleodora* (2007) y *Monicacofonía* (2008). Compiló la antología *Lenguas (dieciocho jóvenes cuentistas chilenos)* (2005). Ha participado en la dupla pop Ex Fiesta y en la banda Tornasólidos. Entre otros trabajos de escritura audiovisual, ha sido coguionista de las películas *Malta con huevo* (2007) y *Yo soy Cagliostro* (en producción). Fue parte del sitio de investigación Archivodramaturgia.cl, ejerce la crítica literaria en la revista Sobrelibros.cl, que también dirige, y desde 2008 es fundador y editor, junto a Mónica Ríos, de esta casa editorial, Sangría.



CARACTERES BLANCOS

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, 4

CARLOS LABBÉ

**CARACTERES
BLANCOS**



SANGRÍA

© Carlos Labbé Jorquera
N° 194.217
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile
International Standard Book Number: 978-956-8681-13-5

© Derechos reservados para esta edición:
2010, SANGRÍA EDITORA
Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica Ríos, Pilar García y Martín Centeno
Diagramó el libro Carlos Labbé
El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña

Esta edición digital se terminó de imprimir en octubre de 2010
en Imprenta Dimacofi S. A.
Impreso en Chile

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

Primer día de ayuno.....	15
La anfibología.....	19
Vida breve.....	25
Capítulo de una novela interrumpida.....	35
Segundo día de ayuno.....	43
Espíritu de escalera.....	49
Memorándum.....	55
Tercer día de ayuno.....	63
Variaciones del bosque.....	67
Cuarto día de ayuno.....	73
El propietario de todo.....	77
Danza y cadencia de la decadencia.....	81
Quinto día de ayuno.....	85
Nueve fábulas automáticas.....	91
Sexto día de ayuno.....	107
Un progreso pitagórico.....	113
De las aguas abisales.....	121
La fortaleza.....	129
Séptimo día de ayuno.....	143
Nota.....	149



Para Mónica Ríos y los Labbé Jorquera

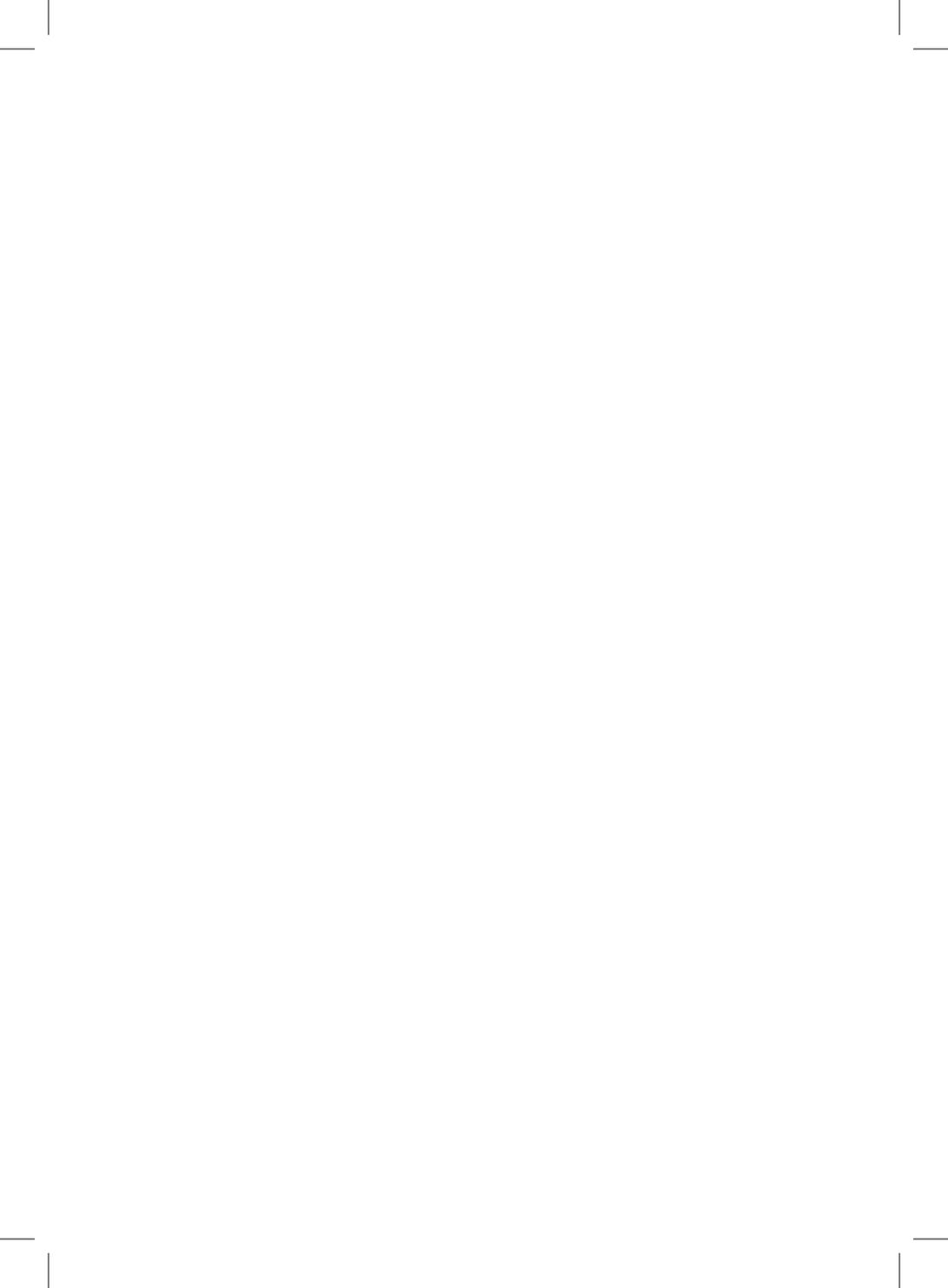


Él habita al otro lado del agua.

Blaise Pascal



PRIMER DÍA DE AYUNO



En este instante la minúscula esfera parece quedarse flotando en el vacío. Según caía, según va a ir subiendo hubo fricción, contacto, rozamiento, temperatura, calor húmedo que se convirtió en agua, aguas que rodeándola se evaporan y vuelven hasta concentrarse en hielos, escarchas, nieves, glaciares que en conjunto enfrían la esfera cada vez que la agrietan y la van dividiendo para extraerle de su interior eso que se movía como lava y que explotará fuera de los volcanes, como cataclismos que van quebrando el suelo, levantando cañones, cordilleras, montañas, cerros entre los cuales empezó a crecer una multitud insignificante que aprovecharía ese calor cuando lo lograra percibir, o en caso contrario se consumirán unos a otros porque las explosiones se han vuelto lentísimas, raras, tan suaves que para algunos son apenas un rumor.

–El rumor es que hay que irse de esta ciudad antes del viernes.

Es la voz de alguien que habla por teléfono la que escuchan, no logran diferenciar si pertenece a una anciana de caderas anchas y tres bolsas estampadas con el nombre

de distintas marcas que ocupa dos asientos del vagón, a un estudiante universitario que deja sus labios sobre la pantalla de un aparato resplandeciente, a un extranjero cuyos ojos grandes se pierden en el vidrio y en la oscuridad de un túnel mientras aprieta la punta de sus audífonos, o a una muchacha de pelo colorido que abre su mochila para alcanzar los botones de su aparato en el instante que se abre la puerta, suena un zumbido, entra otra veintena de personas al vagón del metro donde ella logra posar sus manos en el cuerpo de él, en sus bolsillos, en la hebilla de su cinturón, en la piel que se le asoma apenas entre los pantalones y el chaleco cuando se estira para afirmarse de la manilla, cierra los ojos porque no quiere ver otra vez el reflejo de esos carteles idénticos en el techo, en el suelo, en las paredes, detrás de los asientos, en la ropa de la gente, en sus cuellos, donde sea que mire. Entonces ella le toma la mano, lo empuja sin que se pongan de acuerdo fuera de ese tren, de esa estación, de ese andén, de ese bus, de ese terminal, de ese hostel donde duermen, de ese camino de tierra que nadie usa ya, de ese riachuelo lejano donde empieza el cerro, el valle inhabitado, la vegetación descomunal, el desierto sin nombre donde por fin están solos, ella, él, dos bote-llones de agua apenas y el cuaderno donde habían escrito con tinta blanca los episodios.

LA ANFIBOLOGÍA

—De aquí en adelante no hay nada que ocultar —murmuró mientras el último de los árboles pasaba, las casas se convertían en casas de madera e iba apareciendo el océano a través del parabrisas. A su lado, la muchacha quiso pronunciar algo traído de una suave pesadilla de carretera o desde un cuento que la mamá le leía cuando era chica y estaba sola y él no estaba: «sombras verdes lloviendo». Se pasó la mano por la cara e intentó despertar; no soñaba, no estaba cansada, no sabía si en realidad el asiento del auto era demasiado mullido o si no soportaría volver a escuchar al papá hablándole del mar, del futuro y del pasado. Él la miró gravemente, como quien intenta entender las frases de alguien que duerme. Pero ella no dormía y él se percataba de ello. Tampoco le interesaba saber, sólo conducía mirando el océano que se iba acercando mientras delineaba en su cabeza las orejas levemente puntiagudas de su hija. Súbitamente había dejado de ser una niña. La miró.

De pronto ella sintió frío. No se lo explicaba, pese a que era otoño aún calentaba un poco el sol. Apretó

los ojos y quiso volver al verano, cuando era niña y escuchaba el sonido de las paletas y subía la marea sólo para destruirle los muros del castillo de arena. Pero el frío adentro de ese auto se había vuelto insoportable. Se levantó con violencia, dispuesta a gritarle al papá que dejara de jugar con el aire acondicionado. Pero no pudo hacerlo, porque lo que vio a través de los vidrios del auto la sobrecogió. Caían unas cosas blancas en el camino y sobre el parabrisas. Copos, copos de nieve que él le mostraba en la palma de su mano izquierda desde el exterior, a través de la ventanilla abierta. El auto estaba detenido frente al mar, en el estacionamiento del hotel. Él sonrió y la saludó. Ella gruñó que, por lo que sabía, en la playa nunca nevaba. Vaya vacaciones. Antes de bajar en busca de las maletas, él había extendido su mano para palpar detrás de sus orejas. Ella se había quedado quieta. Súbitamente, pensó él, también había dejado de ser un pez.

Habían transcurrido veintiocho años desde la luna de miel y la palabra indolencia. Él manejó una citroneta naranja durante quince días, ella odiaba todo lo que se relacionara con motores y, sin embargo, amaba el color del auto. También adoraba el celeste transparente del mar de las playas del norte, es nuestro pequeño Caribe, desolado y lejano, exclamaba. El hotel estaba recién construido. Recordaba pocas cosas además de

la sensación de que el cuerpo desnudo de su mujer cambiaba cada vez que cerraba los ojos: el camino, el imponente recibimiento del océano a los autos que venían desde la carretera. También la breve y extraña conversación que sostuvo de madrugada, en el bar del hotel, con aquel extranjero borracho. Le habló repetidamente sobre los efectos del hoyo en la capa de ozono. Producto de nuestra indolencia, decía con un acento que podía ser igualmente español o ruso, en setecientos años todo el planeta estará bajo el mar. Y sólo lo habitarán peces, peces inteligentes y sensibles, peces que llevarán nuestros apellidos, producto de nuestra indolencia. Al otro día, al siguiente, durante la semana, la palabra indolencia permaneció sobre el matrimonio; una palabra que ella no conocía y que a él le daba flojera pronunciar. Por último recordaba –más bien imaginaba– que iban caminando por la playa de la mano y que entraban sin miedo en el mar cálido, quieto y transparente. A ella le gustaba jugar a las mímicas bajo el agua, pero él nunca abría los ojos porque odiaba el ardor de la sal. Se sumergían, salían a la superficie y ella le preguntaba si había entendido. Él mentía, decía que perfectamente, que se alegraba mucho. Ella también estaba consciente de que su marido no quería jugar, por eso no le volvió a hacer la mímica de la mano curva sobre su estómago ni a proferir esos gimoteos en

sordina. Nueve meses después tuvo a la niña, y él estaba convencido de que sus nietos vivirían bajo el mar.

La muchacha levantó la cabeza y vio la maleta sobre la cama. Las peleras, el bikini, las toallas. Toda esa ropa de verano era indolente, como las nubes que cubren el cielo y que producen la nieve, pensó. Como las formas que descubría en los copos de nieve acumulados sobre el techo de los automóviles y en el marco de la ventana. Como las cosas que escribía en su cuaderno. Como la vez que acompañó a la mamá a ese mismo hotel y no le preguntó nada de la luna de miel, ni del pasado ni del futuro, menos del mar. Indolente como el mar cuando nieva, como la nieve que cae sobre el mar, se dijo la muchacha. Su padre entró. Ella fingió leer lo que había escrito en el cuaderno. Él la miraba de la misma manera con que alguien observa un acuario.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Escribí un poema —dijo ella, sin levantar la vista—.

A que te gusta.

—Léelo.

—«Cuando no te miro vienes hacia mí es que cuando te miro sigues allá, lejos, mirándome». Es un poco corto.

—Sí.

—Es un poema nevado.

—Deberías escribir poemas al agua —respondió él, que en realidad quería hablar de otra cosa. Por ejemplo,

comentarle sobre el calentamiento de la Tierra.

—¿Sabes? El clima está cambiando. Esta nieve, por ejemplo. Es por la capa de Ozono.

Ella afirmó con la cabeza, aunque estaba pensando en levantarse y correr hacia la playa. Había sentido unas ganas repentinas de meterse al agua fría, se imaginaba que el mar en ese momento era un gran helado de piña derretido. Pero no hay manera de hablar, reflexionó, justo cuando se le escapaba una frase:

—Es como si yo estuviera dentro del agua y tú afuera.



VIDA BREVE

Un verano estábamos en una playa de Mar del Plata con un grupo de amigos argentinos, más o menos diez hombres y mujeres muy jóvenes, la mayoría atractivos, con edad de tener tiempo de sobra para discutir durante horas sobre cosas sin importancia como si fueran lo más serio del mundo. Recuerdo que yo recién había salido de la universidad y había viajado a Argentina ese verano. Mi principal interlocutor me parecía, extrañamente, más viejo que yo; era más descarado en la conversación, parecía saber muchos más nombres de libros y autores, aunque en realidad era muy joven, tenía el pelo largo, la voz muy ronca, un rostro angulado, un cuerpo atlético. Tomaba mate y se llamaba Julio. El resto del grupo estaba echado sobre las toallas, con anteojos oscuros, bikinis, cerveza, discos compactos y cigarrillos. Cada cierto tiempo animaban la discusión con un comentario favorable a Julio o a mí, con protestas o risas.

—No, loco, vos estás equivocado. ¿O acaso me querés decir que vas a escribir como Oliverio Girondo? Sos un amargo, che.

Uno de los muchachos se rió en voz baja, mientras una chica recitaba un diálogo de la película de Subiela inspirada en parte por obras de Girondo. Otro le tiró arena a la chica.

Permanecí en silencio mientras encendía un cigarro, lo que me daba tiempo para pensar una respuesta que no fuera ofensiva con el pobre Girondo, cuyo poemario *En la masmédula* me gusta bastante, aunque detesto su *Espantapájaros*. En eso, de repente escuché cómo una voz a tres metros nos llamaba.

–Chicos, eh, chicos. Escuchen. Vos, muchacho, vení.

Julio me señaló con un movimiento de cabeza a una gorda nona que estaba sentada en una vetusta silla de madera. Un vestido desteñido y con vuelos la cubría del cuello a los pies. Sobre la cabeza un tul blanco le tapaba el pelo claro. Movía su mano desde ella hacia mí, y su boca rechoncha esbozaba una sonrisa de lo más seria.

Caminé hacia ella.

–¿Vos sos chileno, eh? –me dijo la viejita, mientras me ofrecía un cigarro que acepté–. Sentate un momento, que me gustaría hablar con vos.

Fumé.

–Sabés que recién los escuché a vos y a tu amigo charlando, así, sin querer, sobre no sé que pavadas. Ustedes hablan tan alto que cualquiera se entera.

–Si la molestamos, señora, bueno...

–No, qué decís. En la playa cualquiera hace lo que le viene en gana, para eso estamos de vacaciones. Lo que me llamó la atención fue un nombre que vos dijiste. Hablaste que no te gustaría escribir como tal tipo, no recuerdo bien, ¿Ribeira?

–El que hablaba, señora, era mi amigo. Me estaba preguntando si yo quería escribir como Girondo.

–Ese. Me podés repetir su nombre, por favor, pibe.

–Oliverio Girondo. Oliverio Girondo, poeta de Buenos Aires.

La vieja movía su cabeza con satisfacción mientras yo pronunciaba el nombre del poeta. Con una sonrisa volvió a estirar la mano hacia alguien que estaba a su derecha, lejos. Llamó a gritos:

–Facundo, Facundo.

Dos o tres metros más allá, en una silla de playa, había un anciano leyendo el diario que correspondió su mirada. A su lado, boca abajo, recién tendidos en sus toallas después de darse un baño, un adolescente muy espigado junto a su padre y su madre, un hombre de pronunciados bigotes y una corpulenta mujer de cabellos claros ostensiblemente teñidos, nos miraban. El adolescente y el anciano movieron la cabeza hacia la viejita, como autorizándola, como si la tradujeren. Luego empezaron a cuchichear entre ellos.

–Verás, pibe. Yo tengo un nieto, Facundo, que es un genio. Escribe que es un fenómeno. Todavía va a la secundaria y ganó premios con sus cuentos, premios fuertes, dicen, porque la guita que ha recibido nos permitió venirnos este verano al balneario. Verás. Cuando te escuché hablando con tu amigo, vos o él dijeron el nombre de este poeta, Girondo. Resulta que mi Facu lleva dos meses soñando con ese nombre, con algo que quiere escribir donde aparece ese nombre. La biblioteca de allá, de Avellaneda, no es muy grande, igual algo ha podido investigar sobre ese sujeto. Pero nada le ha servido. Dice que lo que sueña no tiene nada que ver con poesía, pero que ahí está, desde el principio, ese nombre, Oliverio Girondo.

La conversación me parecía extravagante. Busqué la mirada de los chicos, de Julio, pero los vi tendidos sobre la arena riéndose a carcajadas de algo que podía igualmente ser mi situación o alguna de las anécdotas de cualquiera de las noches que habíamos pasado.

–Escuchá. Yo te voy a indicar quién es mi nieto para que te sentés con él a charlar sobre el tal Girondo. Quizás lo podás ayudar. Después venís para acá y yo te paso unos pesos por la molestia. ¿Bien?

Le dije que sí, me levanté y crucé la arena hacia la familia de Facundo, que me miraba amenazadoramente. El sol era inclemente a esa hora y la frente me palpitaba.

Lo que en realidad quería hacer era meterme al mar y nadar un poco. En el camino se me unió Julio.

—¿Che, qué te dijo la vieja, te retó?

Le conté brevemente la historia de Facundo.

—Si es cierto que el pendejo se hizo millonario con unos cuentos será re bueno, el puto Rimbaud.

El hombre de los bigotes y su rubia mujer se habían marchado. El anciano seguía leyendo el diario, mirándonos de soslayo cada cierto tiempo para verificar que no estuviéramos planeando algo contra su nieto. El púber seguía boca abajo, sobre su toalla, haciendo montones de arena.

—Tu abuela me dijo que viniera a verte. Es por algo relacionado con Oliverio Gironde.

—Ya sé. También escuché la conversación de ustedes.

Siguió por un momento acumulando arena. Julio no tuvo paciencia y se dirigió al anciano para pedirle un cigarro. El muchacho, Facundo, aprovechó la distracción de mi amigo para levantarse de golpe y caminar hacia la orilla. Llevaba una mochila.

—Tu amigo no me da confianza. Vos, chileno, sí. No me preguntés por qué. A mi familia le llevo contando hace dos meses la historia de que sueño con un cuento, tuve que hacerlo porque un día no pude levantarme de tanto que había pensado durante la noche. Pero la verdad es que llevo dos años soñando con un libro que tengo que escribir.

—¿Un libro de cuentos?

—Una novela, chavón. Una novela completa, del principio al final. Todas las historias, todos los narradores, los nombres de los capítulos.

—Qué suerte —dije, extrañado y escéptico.

—No me cargués, es un quilombo. Todas las noches con el mismo rollo, que tal mujer se opera las tetas, que tales tipos se disfrazan de un solo personaje, que hay un protagonista que escribe todas las tardes una novela.

—Bueno, eso es lo que hay que hacer para escribir una novela. Sentarse todos los días a escribirla. La historia ya la tienes en la cabeza.

—No. Callate, no me interrumpás. El problema es que no logro dar con el orden de la historia, tengo como cincuenta capítulos simultáneos en mi cabeza. Y cuando me despierto tampoco me acuerdo del puto nombre de algún personaje. Es como si ellos me escondieran la cara o la tuvieran borrada. Lo único que sé es que hay uno que se llama Oliverio Girondo.

Intenté imaginarme una novela protagonizada por Girondo y no me costó hacerlo. De hecho, en estos tiempos es fácil encontrar algo por el estilo. Es como leer a Bolaño, Piglia o Vila-Matas, pensé. Tomar un escritor que de verdad existió y ficcionalizar su proceso de escritura, su ciudad, sus amores, sus amistades. Borges lo hacía, ¿o no?

Me rasqué la cabeza. Habíamos caminado largo rato por la orilla de la playa, hasta alejarnos de los lugares donde se concentraba la gente.

–Pensándolo bien, Gironde debe ser un personaje secundario, porque que yo sepa él no escribió novelas. Quizás es una novela del ambiente literario de Buenos Aires en los años treinta y cuarenta, que era muy interesante. Estaban Borges, Bioy y las Ocampo, estaba Arlt, estaban Gironde con Onetti, Alfonsina Storni.

–Dejá de hablar pavadas, loco. Leé.

Facundo abrió la mochila y extrajo un cuaderno. Nos sentamos en la arena mientras atardecía. No quise ponerme a leer de inmediato, me distrajo la figura de una mujer joven en buzo y peto que venía trotando por la arena. La muchacha levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron; tenía el pelo negro, unas facciones largas muy hermosas. Se detuvo junto a nosotros y nos pidió un cigarro. Facundo escarbó en su traje de baño para ofrecerle una cajetilla. Me saludó y yo le respondí.

–Vos sos del interior.

–No. Soy chileno.

–¿De vacaciones? –siguió.

Se veía que tenía ganas de conversar. Tal vez le he gustado, pensé, incrédulo. Facundo se había quedado en silencio. Miraba el mar y también fumaba. La muchacha me miró a los ojos. Me inquietó darme cuenta de que

los suyos no tenían ningún color. Tal vez se debía a la luz del crepúsculo.

—No debería fumar si estoy corriendo.

—Sí, no debe ser bueno.

—Mirá—dijo, cambiando súbitamente la entonación de la voz. Se acercó y giró su espalda hacia mí. Con la mano derecha se tomó el pelo oscuro y dejó al descubierto la base de su nuca, mostrándome cómo sobresalía bellamente en su cuello el hueso que es la primera vértebra de la columna—. Te voy a contar algo que se me vino a la cabeza cuando los vi conversando tan animados. Venía corriendo y sentí una punzada en el cuello. Debe ser un tumor, pensé. Esta noche va a ocurrir algo que va a cambiarlo todo.

Encendí otro cigarrillo, aturdido. En tanto, la muchacha se sentaba en la arena, junto a Facundo. Empezaron a conversar.

—¿Y? ¿Qué esperás?—me dijo el muchacho de pronto, hastiado—. Ponete a leer.

Abrí el cuaderno y bastaron dos páginas para entender. Ahí estaba el hombre solo en su departamento mientras a su mujer le hacían una ablación de la mama derecha. Ahí estaba él, oyendo el viento de Santa Rosa. Ahí estaba el médico inyectándole morfina a otra mujer. Ahí estaba la hermana de la mujer, a los diecisiete años, y la vieja prostituta que cantaba chansons al piano, de la cual

estaba enamorado perdidamente el mejor amigo del protagonista. Ahí estaba el sacerdote con su discurso desesperanzado y ateo, ahí la prostituta joven al otro lado de la pared, exclamando «mundo loco». Estaban las frases cortas, sobrecargadas de comparaciones, los capítulos discontinuos, la simétrica derrota de cada uno de los personajes y el viaje a la ciudad imaginaria de Santa María. Estaba el epígrafe en inglés y el diminuto rol de Gironde en el asunto: la novela, publicada en 1950, está dedicada a Norah Lange y Oliverio Gironde.

Yo estaba eufórico, como si hubiera presenciado una revelación. La noche ya había caído, sin luna y sin estrellas, sobre la playa de Mar del Plata. Sólo podía distinguir el contorno de las sombras. Le hablé a Facundo.

—Has estado soñando con una novela que ya fue escrita. Se llama *La vida breve* y es de Onetti.

—¿Cómo sabés?

—Mi tesis para licenciarme en literatura se llamó «Escribir y leer el espacio: la puesta en escena de la escritura en *La vida breve*, de Juan Carlos Onetti».

Dije todo esto escrutando el mar, embargado por la melancolía de ese horizonte gris tan plano. Al cabo de unos segundos me volví hacia Facundo compasivamente, buscando en su cara la desesperación de soñar con libros que ya han sido escritos por otros, la desesperación de

que las historias que no nos permiten dormir ni siquiera
proviengan de nosotros mismos.

Pero no lo encontré. Iba corriendo, ya a mucha
distancia, de la mano con la muchacha.

CAPÍTULO DE UNA NOVELA INTERRUMPIDA

I

Recuerdo particularmente un viaje a Algarrobo con mi mujer y mi hija, hace algunos años. Era enero y hacía calor. Llegamos un viernes en la tarde, dejamos nuestras cosas en la casa y corrimos a bañarnos. Ellas se metieron de inmediato al mar. Yo, por mi parte, me tendí sobre la toalla, boca abajo, y me dormí. Estaba exhausto. Me había pasado las últimas cuarenta y ocho horas frente al computador intentando redactar un artículo que me había pedido el suplemento de cultura de un diario. Tenía que hablar de Nathaniel Hawthorne, de cuyo nacimiento o muerte, no me acuerdo, se celebraba un aniversario importante. Mi mujer había leído hacía poco un temible cuento de Hawthorne, titulado «Ethan Brand, capítulo de una novela interrumpida». Según ella, yo debía proclamar que el escritor puritano era uno de los abuelos de la obsesión de la narrativa actual, amparado en la frase con que concluía el relato: «los restos de Ethan Brand se deshicieron en muchos fragmentos».

Aunque era evidente que mi mujer se estaba riendo de mí, no me pareció un mal punto de partida para el artículo. Investigué un poco y descubrí que el cuento mencionado estaba incluido en el volumen *The snow image*. El nombre del libro me pareció fascinante. Sin embargo, me empeñé en escribir lamentaciones sobre el hecho de que la sugerente frase de Hawthorne se hubo transformado en un lugar común de la tecnología. Al cabo de múltiples borradores, me di por vencido: no podía poner en palabras por qué me parecía trágico que la maravilla de esa snow image ahora fuera una manera de nombrar un defecto en las pantallas de la televisión. Así que salí a la calle, a tomar aire. En el momento que me paré en la esquina, esperando la luz verde, vi a mi mujer a lo lejos, en la otra cuadra. Estaba de espaldas a mí. Por un segundo noté que alguien la tenía abrazada y que su cara se unía a la de otra persona en un beso. Luego enfoqué la mirada y me di cuenta de que ella estaba de pie frente a la vitrina de una tienda de ropa. Enfrente de ella estaba sólo su propio reflejo en el vidrio. Cuando nos encontramos, me preguntó cómo iba eso de la hipérbole y me besó en la mejilla. Esa misma tarde partimos a la playa.

Soñé que me despertaba y caminaba hacia el agua con mi hija. Ella me tomaba de la mano, pidiéndome que la acompañara a las rocas en busca de conchitas. Era

un sueño bastante realista, sentía cómo la aspereza de las rocas me dañaba la planta de los pies. Descubríamos una poza en la que había un sol de mar viscoso. Ella me pedía que metiera la mano, porque le atemorizaba la oscuridad de las algas que teñían el agua marina. Recuerdo que la marea comenzaba a subir sobre la playa, que mi mujer construía murallones de arena alrededor de nuestras cosas para no mojarse o peor, para que no se la llevara la resaca. Mi hija lloraba, porque ya no veía a la mamá desde las rocas. Luego yo lograba por fin desprender el sol de mar de la superficie a la que estaba adherido y comenzaba a nevar.

Me desperté sobresaltado por el frío. El cielo se había abochornado y comenzaba a correr un viento estival. Mi hija jugaba cerca con un balde, palas y arena mojada. Me vio temblar, abrir los ojos y levantarme de pronto.

—Papá, ¿por qué soñamos? —me preguntó.

—No sé. Debe ser por lo mismo que una toalla se tiene que secar cuando se moja.

—¿Por qué?

En ese momento mi mujer regresó desde las rocas. Quería que nos bañáramos los tres juntos. Le dije que ya. Entonces, de repente, mientras caminábamos, me vino de golpe el recuerdo de una antigua novela que alguna vez intentamos escribir en conjunto con antiguos

amigos. Tuve que sentarme sobre la arena a pensar en la naturaleza de ese recuerdo. Mi mujer interpretó mal mi movimiento, chasqueó la lengua contra su paladar y se alejó hacia las olas, murmurando en mi contra. Hace tiempo que venía lamentándose de que ya no había comunicación entre nosotros. Yo trataba de entender, la amaba más que nunca, sin estridencias ni vacíos, como el ruido del mar de noche, le decía cuando estábamos acostados en nuestra habitación de la casa de Algarrobo, pero ella se hacía la dormida. Entonces era yo el que me quejaba, de manera silenciosa y con tristeza. Me invadía una pena abisal o infantil, dependiendo con respecto a qué quisiera describirla, da lo mismo, me invadía y yo intentaba pensar en otra cosa que no fuera el sinsentido, la muerte, la soledad, por medio de la contemplación detenida de las juntas de la madera en la pared de enfrente a nuestra cama de dos plazas. Esa noche me pregunté por qué la madera cruje con la temperatura y no se quiebra. También vino a mi memoria un montón de historias que los siete amigos nos dejamos en papeles sobre las camas durante ese verano en el lago Ranco. Traté de recuperar la trama que integraba esas historias, pero no pude. Sólo los rostros de cada uno de ellos. De los siete. Las risas, las discusiones, qué serios éramos, qué inteligentes. Una vez me levanté al baño y no quise encender las luces de la casa porque había luna llena y

la noche estaba preciosa. En un momento miré hacia el living y noté un bulto sobre el sillón, que se movía. Gemía. Gemían. Nunca pude saber de quién se trataba. Recordé otra tarde en que jugamos durante diez horas a las cartas porque llovía mucho y no se podía salir. Estábamos encerrados. Y no más recuerdos. Imágenes nevadas. Sólo el ahora, el susurro del mar y la respiración de mi mujer, que se mantenía con los ojos cerrados a mi lado. La besé en la mejilla. Ella también los había conocido. Pero no a todos, y eso me tranquilizó. Sólo había sido amiga de la que me había invitado ese verano al lago.

II

Mi mujer abrió el ojo derecho. Me preguntó por qué ahora tenía cara de pena. No le respondí.

–Te quiero mucho –dije luego.

–Sabes –murmuró casi dormida–, a veces me gusta pensar en la amistad que tenían Hawthorne y Melville. Pienso en nosotros dos. Y no sé cuál sería cuál. A veces yo soy Melville, a veces tú eres Melville. Pero a veces me confundo y tengo que acordarme de Sartre y la Simone de Beauvoir para quedarme tranquila.

Entonces me dieron ganas de llorar, cuando me di cuenta de lo jóvenes que éramos.

–Un joven jamás tiene conciencia de su juventud
–respondió ella, sarcásticamente.

Le gustaba darme besos en los ojos. También me entristecía la conducta de mi hija ante los dibujos que le hice en la arena mojada, cuando me pidió que le explicara por qué había querido regalarle nuestras toallas a un vagabundo, quien no las había aceptado.

–¿Es un papá con una mamá y una hija en la playa?
–me preguntó.

–No. No sé.

Por primera vez mi hija me miró seriamente.

–El papá está loco. Hace cosas que no se pueden explicar.

Me senté en la arena para recordar mejor. Mi mujer me seguía mirando con rencor hasta que se fue corriendo a nadar. Después, en la noche, antes de abrazarla y decirle que mejor se callara y viniera para acá, me contó que cuando estaba en la playa se empezaba a sentir como Virginia Woolf. Sin duda quería provocarme, así que yo le respondí que más bien se parecía a Alfonsina Storni. Ella se levantó bruscamente, me lanzó una zapatilla y se fue a dormir con nuestra hija. Claro que volvió al rato. Yo, mientras tanto, había tomado un cuaderno y había trazado nuevamente el dibujo que había hecho sobre la

arena. Cuando mi mujer volvió a la cama, se lo mostré y le pregunté qué creía que era.

–Fácil –susurró–. Somos nosotros dos cuando jóvenes, imaginando con quién nos casaríamos.



SEGUNDO DÍA DE AYUNO



Él tomó conciencia de que los dedos de su mano estaban palpitando cuando los puso entre los de ella, igual que ella creía que su lengua y sus labios empezaban a hincharse a medida que dejaba de leer, hasta que se quedó en silencio. El único ruido provenía de sus tripas. Y de los ojos también, pensaban. Él le había pedido varias veces que le soplara el interior de los párpados –al parecer tenía arena– en vano, porque tampoco ella le contaba que apenas le era posible distinguirlo entre la resolana; creía que en ese momento y a toda hora el brillo del desierto le raspaba el reverso de los ojos como si fuera transparente.

El único ruido provenía de sus tripas, pero ella y él se habían interrumpido más de una vez, con una voz famélica, asustados:

–¿Escuchaste eso?

La privación les hizo sentir incluso que hacía frío ahí, en pleno mediodía, cuando él se limpió la entrepierna, despegó su cuerpo sudoroso del de ella, rodó por el suelo y volvió a preguntarle sobre las tormentas, sobre la lluvia y si ella sabía de alguna vez que granizara en el

desierto. La carcajada de ella se volvía un espasmo, por eso se quedaban quietos, se pasaban la mano por la cara y también así se ponían a salivar, ya que la traspiración les traía una memoria desesperada del sabor de cada uno de los condimentos que usaban en la cocina hasta apenas dos días atrás, por años y años, cada fin de semana e incluso en la noche, cuando después de la jornada de trabajo extenuante ni siquiera tenían apetito pero necesitaban preparar un arroz, una ensalada, unas verduritas en soya para que sus cuerpos volvieran a tener algo en común, pensaba cada uno de ellos sin decirlo. Ella había decidido agachar la cabeza que le zumbaba, proyectar una leve sombra sobre el cuaderno y llevárselo a pocos centímetros de los ojos para leer y que se distrajeran, sin embargo el olor del papel, de la tinta alba, del pegamento en el lomo incluso se hicieron insoportables hasta la última palabra.

Dejó que sus dedos se desasieran de los de él, se levantó y dio largos pasos sobre el suelo salado hasta el montón de ropa, de entre el cual extrajo uno de los botellones tibios. Tragó algunos sorbos y se puso a escupir cuando él empezó a mirarla desde lejos, riéndose porque ella hacía la mímica de una fuente de agua.

En el momento de envolver de nuevo el botellón con lo que hasta ayer era su pantalón favorito pudo ver entre la sombra que ella misma proyectaba en el suelo

una piedra de un color levemente rojizo. Se inclinó a observarla con detenimiento para hacer a un lado una puntada con el sabor de la cúrcuma que le venía desde cierto lugar que no reconocía ya en su carne: un caracol de mar se retorció con la frescura del agua marina antes de fosilizarse sobre la piedra que ahora tenía sobre su mano, que estiraba hacia él después de venir corriendo para mostrársela.

Estuvieron hablando de los fósiles que habían visto; en una excursión a las montañas cuando él era chico y en el museo ella, varias veces a través de una vidriera. Estaba fascinada porque nunca había podido tocar uno de esos, y sin embargo se trataba de una simple piedra con una forma inusual, dijo. Cuando empezaba a esconderse el sol y se sentían ya más livianos habló sobre un proverbio que un hombre –con el que justamente había hablado toda una tarde en Osaka sobre la bulimia, la abstinencia y la privación– le había dibujado en una servilleta. Y luego movió el dedo sobre la arena:

※ミイラ取りがミイラになる

Pero ya era de noche y no había una sola estrella en el enorme cielo que los protegiera, así que mientras se abrazaban y se iban durmiendo sin apuro alguno él le preguntó qué significaban esas letras que no podía ver. Y

ella le iba explicando palabra por palabra, como en un sueño: «ten cuidado con ir a cazar momias y convertirte en momia».

ESPÍRITU DE ESCALERA

Hay un hombre viviendo en la escalera. Resulta absurdo pensarlo, pero desde el lunes está ahí. Cada mañana, al bajar, me lo he encontrado sentado en el mismo escalón, el cuarto entre el primero y el segundo piso, vestido con la misma amarillenta camisa y un abultado bolso negro a su lado. Permanece mirando la puerta que da a la calle, como a la espera de que en cualquier momento entre el administrador del edificio a gritarle hasta cuándo.

—¿En qué piensas? —pregunta Elena, a mi lado. No le respondo. Estoy tirado boca arriba a lo ancho de mi cama, con la vista fija en el pedazo de cielo azul que se ve entre los edificios desde la ventana abierta. Observo las formas de las nubes algodonadas que pasan tranquilamente. Un barco. Una serpiente o un gusano. Una cara gorda soplando. Miro a Elena, que lee un libro de Tintín a pocos centímetros, apoyada su cabeza en el codo de su mano izquierda, y con la derecha da vuelta las páginas cada cierto tiempo. Me levanto, veo qué lee. Lo recuerdo. Tintín regresa a su departamento